

EL CATÓLICO.

PERIÓDICO RELIGIOSO, CIENTÍFICO, LITERARIO Y DE VARIEDADES.

REPÚBLICA DEL SALVADOR EN CENTRO-AMERICA.

AÑO X—T. X

San Salvador, Domingo 15 de Febrero de 1891.

| S. XXXVIII—N. 455

REDACTOR Y EDITOR RESPONSABLE

José Antonio Aguilar.

AGENTE GENERAL

Federico Prado.

DISCURSO

SOBRE LOS DEBERES DE LOS CATÓLICOS,

PRONUNCIADO EN "EL CÍRCULO CATÓLICO"
DE UNA DE LAS DIÓCESIS DE CENTRO-AMÉRICA,
EL 26 DE DICIEMBRE DE 1800.

"Ceder el puesto al enemigo ó callar cuando de todas partes se levanta incesante clamoreo para oprimir á la verdad, propio es ó de hombres cobardes, ó de quien duda de si está en posesión de las verdades que profesa; uno y otro es vergonzoso é injurioso á Dios; uno y otro contrario á la salvación del individuo y de la sociedad; provechoso únicamente para los enemigos del nombre cristiano, porque la cobardía de los buenos fomenta la audacia de los malos.—LEON XIII.

Señores :

Diez y nueve siglos hace que un anciano agobiado por los años, al ver entrar al templo una Madre Virgen llevando en su regazo á un Dios hombre, exclamó proféticamente; que aquel Niño sería un objeto de contradicción, día por día, año por año, esta profecía se ha cumplido y seguirá cumpliéndose, hasta el fin de los tiempos con exactitud pasmosa. No otra suerte le está reservada á la Iglesia Católica en la tierra, que ser un blanco de contradicción entre los hombres, como lo fué y es su Fundador; fueron las arras de los desposorios que Jesucristo ofreció á su Esposa, fueron las promesas de su amor divino y el vínculo de esta unión; cadenas de oro que unieron á la casta Esposa del Cordero, quien le dió por patrimonio las persecuciones y el sufrimiento, como el más bello y magnífico presente que pudiera hacerle, pues que le daba su propia imagen, la imagen del dolor coronada por espinas, constituyéndola á ella, faro salvador de las sociedades y de los individuos, el blanco de una contradicción perpetua, como El lo ha sido, lo es y lo será.

Desde la cuna y durante su vida entera, Jesucristo fué el blanco de la contradicción y el objeto de las persecuciones; no de otra manera la Iglesia desde el siglo de los apóstoles hasta hoy, que aún mora en la tierra con la vida militante, su historia puede compendiarse en esta sola frase: persecuciones.

No será, no señores, otro su destino aquí en la tierra que el sufrimiento y el combate, es su patrimonio, su distintivo honorífico: la cruz es su blason y el dolor es su corona, ¿cómo queréis que des-

cansé muéllamente en los brazos una paz octaviana, según enseñan ciertos espíritus débiles que se lamentan del rudo batallar por cobardía, por el alto aprecio que hacía del dulce y quieto descanso, olvidando que la vida del hombre es milicia, y que no debe cesar de combatir sino después de la victoria que le llevará al morir á la patria del triunfo? Esta vida no es la vida, es sí el estadio de la lucha, donde se obtiene el mérito, cuya recompensa es todo un cielo.

Registrad los anales de la Iglesia, y cada página es un combate, una persecución, el martirio..... parece que morirá al golpe certero de la espada de los tiranos que cubren de sangre cristiana los cadalsos, parece que las heregias con todo el lujo de protecciones y el halagador y formidable arriete del libertinaje y de los vicios, la hundirán muy pronto en el sepulcro de la historia; parece que los cismas, al romper la blanca túnica de la Esposa del Cordero, la llevan á su disolución..... ¡vanos esfuerzos, inútiles afanes! Ya la persecución es fiera, ya es mansa; hoy franca y clara, mañana solapada y astuta; á veces parece que se desencadena general, en otras épocas es parcial; un día ruge la tempestad en un país, otro día lleva su furia á distinta región y causa desastres espantosos. Siempre perseguida, jamás vencida, combatida y victoriosa, vilipendiada, escarnecida y continuamente triunfadora! Nunca gozando de paz universal y duradera, siempre, siempre militante!

Esta es la historia de la Iglesia, esta es la historia de todos y cada uno de sus buenos hijos; y señores, no se habrían cumplido las promesas de su Fundador si así no fuese; no llevaría el sello divino en su frente la casta Esposa del Cordero, si no tuviera por patrimonio las persecuciones. Oíd la voz de Jesucristo: "No tenéis que pensar que yo haya venido á traer la paz, sino la guerra; pues he venido á parar al hijo de su padre, y á la hija de su madre, y á la nuera de su suegra; y los enemigos del hombre serán las personas de su misma casa." (S. Mateo. C. 10).

Perseguida sí, y perseguida siempre en sus Pontífices, en sus Obispos, en sus Sacerdotes, en sus fieles; perseguida su doctrina, su moral, sus instituciones; calumniada vilmente, insultada con insolencia y descaro, burlada á todas horas por sus enemigos. Los discípulos de Jesús son llevados en todos los países ante los tribunales, y acusados y condenados á cárcel y azotes, al destierro y á la muerte; los presidentes, los magistrados y los jueces en nombre de la ley y la justicia, y cumpliendo las profe-

cías del Evangelio, creen llenar un deber al sentenciar á los hijos de la Cruz como criminales. Leed la historia: en los tres primeros siglos de la Iglesia solamente, se cuentan diez persecuciones, y durante esos trescientos años, casi todos los Papas fueron mártires.

La Iglesia cuenta ya más de diez y ocho millones de confesores de la Fé que dieron su vida y su sangre en testimonio, y entre ellos, señores, no solo había Pontífices, sacerdotes y obispos, no, los hubo de todos los estados y condiciones: ancianos decrepitos por los años, varones esforzados en toda la plenitud de la vida, jóvenes, niños; madres, viudas, esposas y vírgenes; eclesiásticos, religiosos y seglares; sabios é ignorantes; ricos y pobres; grandes potentados y sencillos labradores; no hay estado ni condición que no haya correspondido á la vocación del martirio. Las filas triunfadoras de los mártires se aumentan de siglo en siglo, de época en época, pues pertenecen á todas las épocas y países. ¿Y por qué?, porque la Iglesia ha sido siempre perseguida, porque es su patrimonio la persecución, porque no sería divina sino fuera perseguida.

Pero notad que sus triunfos aquí en la tierra no van seguidos de esa paz que acarician en sus ensueños aquellos, que á pesar de las divinas enseñanzas, quieren trasladar á este mundo el descanso y la victoria, engañándose así mismos, y que continuamente viven lamentándose de que nunca llega el día de ese mentido goce de una quietud que se han forjado en su inteligencia, única aspiración que parece colma sus deseos, bastante reducidos por cierto, pues se contentan con esta vida colmada para el hombre individualmente de dolores, enfermedades y trabajos.

En la Iglesia á un tiempo se sucede la persecución y el triunfo. Cuando el Mártir cae bañado en sangre y entre las garras de los leones sobre la arena del coliseo, ha obtenido una victoria, es un triunfador, y su frente ya helada por la muerte está circuida de laureles! ¡venció! Cuando un Obispo, por defender los sacrosantos derechos de la Iglesia, es arrancado una y otra vez de su Sede, para llevarle al destierro, y él impertérrito camina rodeado de los seides que le custodian; entonces ese Prelado ha triunfado. Recordad á San Atanasio, el célebre Patriarca de Alejandría, ¿quién diría que no era un vencedor?: recordad á San Juan Crisóstomo, ignomiosamente arrastrado al ostracismo, que muere, siempre firme en la defensa, allá en el desierto á donde le conducían sus verdugos, responded, no es acaso un triunfador?

La paz de Constantino, pasagera como toda paz de que ha gozado la Iglesia, no era el triunfo; la victoria consistía en que la Iglesia se encontraba después de tres siglos de persecuciones sangrientas, llena de vida, extendida por todo el mundo conocido, que se había sobrepuesto á todo el Imperio Romano con todas sus legiones, que había echado por tierra los ídolos, cambiado las costumbres, vencido en una palabra á la idolatría señora ántes del universo y obra conspicua del genio de Satánas; la obra de cuarenta siglos! ¿Y quiénes habían obtenido este triunfo?. Lo habían obtenido, después de la Omnipotencia de Dios, las generaciones de los mártires, que un día y otro día combatían, no derramando la sangre de los enemigos de la Iglesia sino derramando la suya propia; morían ayer, morían hoy, y morían siempre, esta era su única defensa, este su único triunfo, y se gloriaban de marchar á la muerte como el triunfador romano marchaba en su carro de victoria al Capitolio.

Á los ojos de nuestros ilusos soñadores de una

paz muelle y afeminada, que se contentan con la quietud de la tierra y la calma del sueño, no podía parecerles triunfo esto de morir derramando su sangre por Jesús. Es que se han forjado un triunfo humano como el triunfo de los guerreros, y la Iglesia, señores, aunque está en el mundo, es sobrehumana; aquí no hace más que militar y por consiguiente combatir, y nosotros los católicos del pasado, del presente, del porvenir, si vivimos también en el mundo, militamos, combatimos, y no nos contentamos sino con una paz eterna, pues esta no es nuestra patria: ¡peregrinamos y peregrinamos, combatiendo y venciendo!

Soñar con la paz en el mundo para la Iglesia es una ilusión, y una ilusión forjada contra las divinas promesas y contra la experiencia, señores; más aún, contra la doctrina católica, pues que ella nos enseña la existencia de Satanás y su reino, enemigo de Dios, de su obra predilecta y del hombre para quien esta obra fué establecida en la tierra. De la Iglesia, Oráculo del Eterno, hemos aprendido que Luzbel combate con ardor poniendo en juego todos los recursos de su inteligencia de ángel, y combate enardecido por destruir la obra de Dios, y se vale para esto de los hombres á quienes arrastra á sus filas que engrosan siempre sí, y mucho más que las filas de Cristo y de su Iglesia: ¡verdad desconsoladora, pero verdad hasta de experiencia, aunque parezca un contrasentido, pues el hombre debía amar su dicha y felicidad!

Ahora, señores, que hemos llegado á este punto, permitidme una observación que nos dá la historia de la Iglesia. Nuestra época no es igual, pero sí es la más semejante en la historia á las tres centurias de los Mártires, por la universalidad del error, por la universalidad del desconocimiento el poder social de Jesucristo, por la profundidad del mismo error. No se trata ya de herejías que combatan este ó aquel dogma, se trata de la herejía monstruo que las condensa todas, negando por completo la revelación, y combatiéndola en todos los terrenos. Situaciones parecidas, sino iguales, suponen defensores semejantes: ¡cuánta responsabilidad para nosotros! Somos hijos de los Mártires, es verdad, pero cuan poco nos parecemos á los Mártires; y notad señores, que Dios nos exige con deber ineludible que nos asemejemos á ellos, cuando permite tales persecuciones.

Y ahora os vuelvo á recordar lo que dije antes; eran los Mártires no solo Pontífices, obispos y sacerdotes, eran sí todos los católicos de cualquiera condición, sexo ó estado; hombres, jóvenes y niños; vírgenes, madres y viudas, ricos y pobres, grandes y pequeños; luego la semejanza debe resaltar en todos los estados y condiciones, contra esa máxima vulgar que deja solo al sacerdocio la defensa de la Fé. Señores, todos somos católicos, luego todos debemos formar en el combate bajo las banderas de Cristo y de su Iglesia, donde se vé fulgurar esta frase de victoria que lanzara en el cielo á los cuatro vientos el Arcángel Miguel: *¿Quién como Dios?*

Es verdad que en esas filas hay graduación y no todos ocupamos el mismo puesto: unos son soldados y son los simples fieles, otros capitanes y son los sacerdotes, otros generales y son los Obispos, y sobre todos está el Jefe de la milicia sagrada, el Pontífice Romano, que recibe de Cristo las órdenes para el combate. La más absoluta disciplina reina en las filas; no se mueve un batallón, sin que el Generalísimo lo ordene; no se bate una compañía, sin que el capitán lo ordene también, después de recibir instrucciones de sus superiores. Nuestras arengas militares son las encíclicas del Papa y son también los toques de corneta que nos indican las maniobras que obedientes debemos ejecutar; los obispos nos trasmiten

estas órdenes comentándolas, como quienes más de cerca pisan el terreno sobre que combatimos, no con fusiles ni cañones, sino con armas de mejor temple, las armas de la oración, de la acción y de la palabra oral ó escrita. ¡Este es un ejército, señores, que pelea las batallas del Señor de la victoria, con fuerzas sobrehumanas y con fines eternos y divinos!

Militamos, señores, y nuestra vida es una no interrumpida campaña; figuraos y debemos forjarnos dulce paz aquí en la tierra.

Os he dicho que nuestra época se asemeja mucho más á la época de los mártires que cualquier otro período de la historia de la Iglesia; no tiene es verdad la crueldad sangrienta de aquella era, pero lleva consigo una cosa más peligrosa, más temible; y es que la persecución muéstrase astuta y solapada, al mismo tiempo que prolonga largamente las pruebas, y exige por consiguiente mayor constancia, y más cuidado, y más temor. Franca como era la persecución en los tres primeros siglos, daba golpes contundentes que exigían es verdad el heroísmo, pero un heroísmo pasajero; más esta invención diabólica de los tormentos del espíritu y de la prolongada tentación durante años y años, lleva consigo un secreto maravilloso para arrastrar las almas á las filas de Satanás, pues se necesita un heroísmo no tan fuerte, pero sí demasiado largo. Acordaos que el hombre es muy inconstante para todo, y es muy difícil seguir con paso firme y ojo avisor, las tortuosas sinuosidades del error que todo lo ha compenetrado.

La herejía moderna, el liberalismo, cuyo brazo derecho es la fracmasonería y el izquierdo el judaísmo, es la obra maestra de Satanás, mucho más perfecta en su clase á aquella otra de cuarenta siglos que se llama el paganismo. La franqueza y crudeza de aquel desaparecieron en este sistema, para dar lugar á la astucia, al engaño, á la hipocresía, al fraude, á un error mucho más profundo, hondo, hondo como el infierno, pero cuya boca se ve casi oculta por las plantas, los arbustos y las flores. De suerte que el viajero, encantado por la belleza del lugar, no ve el precipicio que será su sepultura, y caerá en él atraído por las falsas hermosuras seductoras, y por el silbo de la antigua serpiente artera, que le ofrecerá insinuante la ciencia del bien y del mal en copa de oro, la mentida libertad como su gloria, el brevaie de la rebelión contra Dios, su Cristo y su Iglesia, saturado de ambrosias, de las golosinas del alma y las golosinas del cuerpo, que engañando al paladar le hacen que apure letal veneno que mata. El error y la mentira tienen hoy trono, cetro y corona, gobiernan casi todas las naciones; se han infiltrado en la sociedad entera y suplantado al Cristo-Rey, cuya soberanía es desconocida, para entregar al individuo, á la familia, á la sociedad, con los brazos atados en poder de Luzbel, cuya ominosa servidumbre y horrenda esclavitud siente el mundo, demostrándolo esos bramidos de coraje que lanza blasfemando. ¡La falsa libertad se ha convertido en servidumbre, como debía suceder; y el que se soñaba ser como Dios, en los brazos del error, ha caído más abajo que las bestias. Recordad la teoría del mono antepasado del hombre, y la práctica de aquel cuya vida se desliza de orgía en orgía, comiendo y bebiendo como su único ideal, y tiene una razón que Dios le dió. ¡Siquiera la bestia carece de inteligencia; pero el hombre la tiene, y teniéndola, gozarse en asemejarse al cerdo de Epícuru, y gloriarse de ello, esto es rebajarse más abajo que las bestias!

Satanás, que no ha perdido nada de su inteligencia de ángel, supo lo que hizo al crear la moderna herejía, verdadero conjunto de todas las herejías, saturada con una gran dosis de paganismo; más esto

no bastaba á sus planes. Construyó ese termómetro, invención maravillosa de su astucia, donde se miden los grados del error de uno á cien, desde el catolicismo liberal hasta la incredulidad sistemática y atea, para contentar todos los gustos, y por consiguiente arrastrar mayor número de hombres. El error crudo y franco, bien lo sabeis, no congenia con la mayoría; lo que arrastra más es el error suave y blando, que tanto cuadra á todos, y mucho más en nuestra época de caracteres debilitados. Una herejía pues que se adaptara á todos los genios y costumbres, desde el fiero descamisado hasta el caballerito de guantes perfumados y cabellera rizada, sería la herejía maestra, pues que á todos podía atraer á sus filas; y en efecto el liberalismo, con todos sus matices, ha logrado este triunfo.

Cuál será entonces nuestro deber, señores? Nos preciamos de católicos, sí, y á gloria lo tenemos; pero falta aún que cumplamos nuestros deberes de tales. Os lo diré claramente, somos apóstoles, y de nuestro apostolado Dios nos exigirá estrecha cuenta, como se la exige al sacerdote, como se la exige al Obispo; no en la misma medida, porque ellos son jefes y nosotros los legos somos soldados, pero siempre y conforme á los dones que recibimos de su mano, tenemos que trabajar de día y de noche, no solo en nuestra propia santificación, sino también en la defensa de la Iglesia, á la cual va inherente aquella, como á la santificación del apóstol va inherente su apostolado. ¡Tan triste sería que un apóstol en sus fatigas no se acordara de santificar su propia alma, como que al santificarse uno de nosotros olvidara sus deberes de apóstol! ¡Ah! se cometen tantos pecados de omisión en este sentido y por ignorancia, que meditándolo espantan!; espantan sí, porque esta es la causa del dominio cada día más preponderante del error. Oíd á León XIII: "La cobardía de los buenos fomenta la audacia de los malos."

Hay que culparnos, señores, á nosotros los católicos de los males que lamentamos todos los días; pues no hemos defendido á la Iglesia de Dios segun era nuestro deber, deber de conciencia, deber ineludible, del cual se nos tomará estrecha cuenta en el tribunal del Juez eterno. No lo digo yo, lo dice el Evangelio y lo dice el Papa.

He llegado, señores, al objeto primordial de mi discurso, y quiero antes de proseguir daros algunas explicaciones. No por mi voluntad os dirijo la palabra, yo no hago aquí más que obedecer; otros que están presentes, pudieran hablar con más propiedad. Lo repito, se me dijo, habla... y cumplo lo que se me ordenó. Mi voz es pues el eco de esta reunión católica; no es la del maestro enseñando á sus discípulos, sino la del hermano aconsejando al hermano; nunca la del superior para con el inferior. Hechas estas explicaciones, continúo.

Jesucristo lo dijo, señores: "Quién no me confesare ante los hombres, yo no le confesaré ante mi Padre;" (S. Mateo, c. 10). "Quien no está conmigo, está contra mí." (S. Lucas c. 11). Notad en primer lugar que no habla de Obispos, de sacerdotes ni de seglares; nos habla á todos los católicos, sin distinción. La confesión de que se trata es una confesión pública y solemne, de todos los momentos y horas de nuestra vida; ese estar con Él consiste en estar en todo cuanto Él está, y en no estar con sus enemigos ni en lo más mínimo. Él vino á traer la verdad á la tierra y combatir en su defensa, fundando la Iglesia sobre una roca incommovible, para conservarla y defenderla entre los hombres; estamos dentro de la Iglesia por el bautismo y por la Fé, luego para confesarle y para estar con Él, es nuestro deber defen-

derla y rechazar á sus enemigos, no aceptando de ellos ni lo más mínimo.

Decid entonces, la indolencia en la defensa de la Iglesia, ¿qué digo la indolencia!, ese cruzarse de brazos ante los ataques que día por día le dirigen sus enemigos, será cumplir con nuestro deber?; el aceptar y no combatir las máximas solapadas, astutas, en las cuales se puede caer á cada paso en nuestra época, por el sutil tejido ó red que con tanto arte ha tendido á los pies de los católicos Satanás y sus cohortes, ¿será, pregunto de nuevo, confesar á Cristo y estar con Él?

Y reanudo mi anterior idea, hijos de los mártires y en una época semejante á la suya, no nos parecemos á los mártires, y el deber nos exige que seamos parecidos, para que Jesús nos confiese ante su Padre; de lo contrario no estaremos con Él en el día eterno del triunfo, ya que por nuestra propia voluntad no quisimos estar con Él en la tierra, donde se prueba nuestra alma como el guerrero en el combate.

Queréis recuerdos de los tres primeros siglos de la Iglesia? Os presentaré algunos: Catalina en Alejandría defiende la verdad católica ante los tiranos con palabras elocuentes que le cuestan la vida, y Catalina era una virgen; Felícita, madre de hijos mártires les anima á la defensa de la Fé, y muere despues de sus hijos dando igual testimonio, y era una matrona; Tarsicio exhala su postrer suspiro bañado en sangre, apretando contra su pecho la santa Eucaristía para defenderla de la profanación, y era un niño que llevaba el Viático á los confesores de Cristo que estaban en la cárcel y que iban á ser martirizados; Sebastián vuela de una en otra parte animando á los cristianos, sosteniendo á los que vacilaban, convirtiendo á los paganos con el celo de un apóstol, y Sebastián era un soldado cuyas manos no recibieron la unción sagrada, y muere por la Fé echando en cara á Maximino las crueldades cometidas contra los hijos de la Iglesia; el diácono Lorenzo es tostado á fuego lento, y allí se burla del paganismo y de los tormentos á que se le somete solamente por defender la verdad, y esto después de aquella ansia con que corría tras el Papa que marchaba al suplicio, quejándose de que no le asociara como su diácono al sacrificio de la vida del Pontífice; y ¿por qué no traernos también á la memoria al héroe cuyo recuerdo hoy evoca nuestra Madre? Esteban defendía la verdad ante la Sinagoga, y tal era la elocuencia de su palabra ardiente, que rechinaban los dientes sus enemigos, llegando su furor á tal grado que le cubrieron de piedras arrojadas contra su persona, hasta que murió contemplando los cielos abiertos y á Cristo que estaba en ellos. Nos parecemos á los mártires, no es verdad?

Y bien, ¿solo para ellos anunció Jesucristo que padecerían persecución por causa de su nombre?; ¿solo ellos estaban obligados á la defensa de la verdad á toda hora y en todo momento, á fin de que fuesen llamados Bienaventurados? No, señores, no, á todos los católicos de todos los tiempos les estaba ofrecido como ofrenda y distintivo de su carácter la persecución, tanto como la otra señal de que serían sus discípulos, si se amaban los unos á los otros. Defender la verdad y morir si es necesario por la verdad, es como quien dice, nuestro distintivo.

Ahora escuchad á León XIII, que habla como oráculo de Dios, con la aureola de la infalibilidad: "Ceder el puesto al enemigo ó callar cuando de todas partes se levanta incesante clamoreo para oprimir á la verdad, propio es ó de hombres cobardes, ó de quien duda si está en posesión de las verdades que profesa; uno y otro es vergonzoso é injurioso á Dios; uno y otro contrario á la salvación del individuo y de la sociedad; provechoso únicamente para los

"enemigos del nombre cristiano, porque la cobardía de los buenos fomenta la audacia de los malos."

Creo que estas palabras del Papa no necesitan comentario, y mucho menos de mis labios. Lo que sí haré es citar otras del mismo augusto Pontífice, Su Santidad León XIII, á fin de que no creais que todo cuanto he dicho y me resta que deciros, descansa tan solo en mi juicio, y no es doctrina sacada de las fuentes claras y purísimas de la Iglesia católica, y por consiguiente la pauta de nuestra conducta y lo que nos exige el deber. Oíd pues de nuevo al Papa infalible, dirigiéndose al Obispo de Urgel: "Que los católicos todos, atendiendo á la voz de sus Pastores y puesto por debajo todo humano interés, con ánimo vigoroso, digno de la Fé de sus padres, y con estrechísima unión de voluntades se lancen á la carrera, á manera de falange, para la defensa de la Madre común, que es la Iglesia, afligida hoy por tan grandes pensamientos y combatida por tantos y tan enfurecidos enemigos."

Sentadas estas bases, señores, que nos muestran nuestros deberes, yo traeré á la memoria los ejemplos, no ejemplos de antiguos tiempos, sino ejemplos de nuestros días. Saludad la unión y el triunfo de ese ejército de católicos, de todos estados y condiciones, compactos, llevando al frente á sus obispos, que en Austria, Alemania, Bélgica, Francia y España, han alcanzado un éxito que espanta en esta época de falta de caracteres, haciendo respetar á la Iglesia á pesar de la muchedumbre de enemigos, y levantando muy alto la bandera de la Fé, rodeándola de inmenso prestigio, gloria y renombre, gracias á un trabajo múltiple y continuo, poniendo su pecho y su persona á merced de las burlas é insultos de liberales y masones y marchando impertérritos, puesto por debajo todo humano interés, á manera de falange se han lanzado á la carrera, á defender á nuestra común Madre, obteniendo victorias que registrará con honor la historia de nuestro siglo. ¡Ved como deben ser los católicos, señores, ved como se triunfa!

Descenderé ahora á lo que algunos han llamado nimiedades católicas, y que sin embargo son las grandes bases del movimiento de que os hablaba, cuando no os cité á Inglaterra y los Estados Unidos donde la Iglesia goza de completa libertad, pues se trata muy especialmente de aquellos países donde no se puede dar un paso en favor de nuestros deberes de católicos, sin que los enemigos no nos salgan al encuentro exigiéndonos la confesión de la Fé y un trabajo sin intermisión en defensa de la verdad. Y digo esto hoy por hoy, pues en esas naciones protestantes hubo que trabajar con ahinco para lograr esa libertad de que hoy gozan, sin que creais que afirme que allí no se defiende á la Iglesia, ni esta no progresa en su desarrollo, ni mucho menos que no se trabaja por su gloria. No señores, todo lo contrario, se trabaja y se trabaja muchísimo, pero este trabajo por la misma libertad de que goza, cuesta menos en el sentido de que vengo hablando; es menos heroico, si me permitís la expresión.

Continúo con las nimiedades católicas, y desde luego, señores, lo primero que hay que hacer á un lado es el temor: demos ejemplo de ser católicos donde quiera, no nos avergoncemos de ello; que en nuestra casa se muestren las señales de la Fé que profesamos en todas partes: no retiremos de las salas las imágenes sagradas para ir á esconderlas á la alcoba, como efecto de contrabando ante el tribunal de la moda en nuestra época. Que todos sepan que somos católicos y que á gloria lo tenemos; que nuestras familias respiren por doquiera catolicismo, en los muebles, en los vestidos, en las costumbres, hasta en las más pequeñas diversiones que gozamos; que nuestras

librerías, que nuestras lecturas, que nuestros periódicos sean católicos, y que jamás entre por las puertas de nuestra casa ni una hojita impresa saturada de liberalismo, aunque sea el liberalismo tenue é imperceptible. El Papa lo ha dicho, no podemos sostener con nuestro nombre y nuestro dinero á ningun periódico liberal, y por el contrario estamos en el deber de sostener como podemos la prensa católica; no creais que perdamos luz con privarnos de la lectura de los órganos liberales, son unos candiles que á duras penas chisporrotean, y solo el mal gusto por la mentira y la inmoralidad puede hacerlos aceptables.

Se trata de procesiones, y se nos permite salir á la calle, pues á la calle salgamos á formar filas, llevando banderas y estandartes, impertérritos, sin avergonzarnos, haciendo de esos actos, actos religiosos con nuestra presencia y nuestro porte en ellas; que nos burlan, que nos arrojan piedras, continuemos sin temor y sin asustarnos adelante, que ya se cansarán al ver que no hacen mella en nosotros sus insultos. No se nos permite salir á la via pública en procesión, acudamos á formar las filas en el interior del templo.

Llenemos los templos en las solemnidades, los domingos, y si podemos todos los dias, excitando á otros á que concurren, ejerciendo el apostolado cerca de nuestra familia, de nuestros amigos, de nuestros conocidos; exhortándoles, instruyéndoles, lanzando sobre la sociedad de que somos miembros una avalancha de impresos, libros, folletos, periódicos, hojas volantes, medallas, estampas, que vengán á hacer contrapeso al error y á la inmoralidad. Este es el medio de hacer llegar la verdad á aquellos que no rodean los púlpitos, á las personas ricas ó que no están en la miseria; pues cerca de los pobres disponemos del recurso de visitarles en su domicilio, y al llevarles una limosna, que es llave maravillosa para abrir el corazón del que sufre, con paciencia instruyámosles, exhortémosles, hasta ganar sus almas para Dios: este es el objeto de las Conferencias de San Vicente de Paul.

Los que tengan dotes para ello, escriban; los que para exhortar, exhorten; los que posean riquezas, den y no se cansen de dar para las obras católicas y su apostolado; y aquellos que no posean nada de esto, distribuyan impresos sin interés ninguno, constituyéndose entre los demás emisarios de la verdad, en las conversaciones, en el trato social, en cualquier ocasión que se ofrezca en la vida cotidiana; no olvidando ningunos, que el desinterés pecuniario es lo que derrota sobre todo á los enemigos de la Iglesia, quienes no dan un paso sino por el dinero, y que sus opiniones al fin se resuelven en un puñado de monedas. ¡Es el ídolo de nuestra época, que comparte con el amor propio, la sensualidad y el placer, el trono ante quien se prosternan las muchedumbres!

Pero sobre todo, señores, instruyéndonos en la Religión cada dia más y más, porque la ignorancia religiosa es la lepra de nuestro siglo. Si vemos tantos impíos, es en gran parte porque no conocen la doctrina católica; si la conocieran la amarán, y amándola cada instante procurarían beber en las aguas de esa inagotable fuente de la Fé, tan profunda, tan llena, tan superior á la inteligencia del hombre, que Santo Tomás de Aquino, con su talento prodigioso, su ciencia, su sabiduría, su virtud, al exhalar su postrer suspiro, no habia más que comenzado á aprender en la escuela de la Iglesia. No tenemos el talento de ese sol de la inteligencia, pero el poco ó mucho que tenemos estamos obligados á ocuparlo y consagrarlo á esta inmensa tarea, que no concluye sino con la vida.

Muchos de los que se llaman católicos se contentaron con aprender allá en su niñez el catecismo de los niños, y de allí no pasaron; hoy jóvenes, hombres de

edad madura, ancianos hay, que es mucho que recuerden el catecismo de los niños: no han pasado más allá en sus conocimientos religiosos. Pero instruyámonos, señores, en las buenas fuentes, sobre todo y ante todo no leamos ningun libro, folleto, ni periódico religioso que no esté aprobado por el Obispo del lugar donde se editó, pues ellos son nuestros únicos maestros. Aprobados deben también ser, y con mucha mayor razón, pues que se destinan á la propaganda, los impresos que distribuyamos; no demos á la publicidad ni una sola línea que no haya sido examinada por los únicos á quienes despues del Papa, Dios constituyó nuestros jefes, superiores y doctores para enseñar la Fé y declarar que es lo que se aparta de ella, cual es lo que se conforme. Quien les oye, oye á la Iglesia; quien les desprecia, desprecia á Jesucristo.

Aprovecho este momento para llamarnos la atención sobre un error nacido tal vez de la ignorancia, que ha sabido aprovechar Satanás de maravillosa manera. Las publicaciones de almanaques ó calendarios, verdaderos folletos religiosos, por más que digan impresores, industriales, comerciantes y farmacéuticos, pero que han hecho cátedra de imoralidad y de negocio semejantes publicaciones, por supuesto sin la aprobación de los obispos; es un mal universal, tanto que los verdaderos católicos en Europa no usan calendarios que no estén revisados por la Autoridad eclesiástica. Emitémosles, y no aceptemos en nuestro hogar esos folletos que profanan y trastornan el anuncio de las fiestas cristianas y los nombres de los santos, intercalando no solo cosas ajenas á un calendario, sino también adornándolos á su manera con poesías, cuentos y epigramas que deben sonrojar á un católico.

Agrupémosnos, señores, al rededor de nuestros Prelados con celo y entereza, y obedientes á la voz de nuestros generales sin cuya dirección, por más que se pretenda, no puede nadie ser católico, como un hombre no es soldado sino se somete á las órdenes de su jefe, obremos sin temor persuadidos de que militamos bajo las banderas de Cristo, en cuya milicia no se admiten transacciones con el error y la inmoralidad. Y cuando ya seamos un grupo respetable, emprendamos, despues de cumplir con las nimiedades católicas, las grandes obras que han hecho triunfar á los católicos de Austria, Bélgica, Francia, Alemania y España, como son los congresos, las peregrinaciones, los grandes periódicos, y á su vez las solemnidades lírico-literarias.

Voy á reasumir mi discurso llevándoos á Roma, nuestra patria, á pesar de que los enemigos de la Iglesia la llamen capital de un mentido reino particular, constituido á fuerza de felonías, y traiciones, cuando ha sido y es la capital de un mundo. La corona de Roma, señores, es demasiado pesada para que la soporte sobre su frente un rey cualquiera; corona universal, solamente el Pontífice, rey y sacerdote sumo puede llevarla digna y propiamente; todo otro temerario, llámase como se llamare y sea quien quiera, que intente ceñirsela, sabeis que es, un tipo soberanamente ridículo á quien se le caerá de las sienes irremisiblemente más tarde ó más temprano, dejándole como uno de esos soberanos de teatro que por un percance se le viene al suelo la diadema, entre la risa de los espectadores: testigo la historia!

Allí en Roma, en el grande Vaticano, tan grande como que es la casa paterna de todos los católicos del mundo, vive perseguido é insultado el Pontífice, triunfador en medio de sus sufrimientos, como lo acusó aquella victoria maravillosa que se llamará en la historia las *Bodas de Oro de León XIII*. Triunfador ayer, hoy, mañana, siempre; perseguido en el pasado, en el presente y porvenir; los enemigos de la Iglesia creyendo que morirá agobiado por el su-

frimiento, desde San Pedro hasta León XIII, sabeis qué hacen?: ponen en sus manos cadenas, figurándose que con aprisionar á la verdad de quien es Oráculo, la verdad callará ante el temor, la verdad irá lentamente muriendo, y ellos se gozarán ufanos sobre las ruinas de la obra del Dios. ¡Insensatos, las obras de Dios no perecen!, y las cadenas puestas en los brazos del Pontífice caen, y recojidas por los fieles, son objeto de veneración como prendas que acusan un triunfo!

Así serán recojidas dentro de algunos años las páginas históricas del cautiverio de los Pontificados de Pío IX y de León XIII, para ser veneradas como trofeos de la victoria de la Iglesia; esperad, y el cautiverio de los dos últimos Papas será una gloria que pertenece á Dios; qué digo?: si no hay que esperar, si lo es ya hoy mismo. Es verdad que el Catolicismo entero sufre mientras su cabeza esté perseguida, de suerte que, aún en aquellas pocas comarcas donde no agobia el martirio á la Iglesia directamente, vive perseguida porque lo está su Jefe; pero como cada persecución, y mucho más las inferidas al Pontífice, es un triunfo más y un triunfo universal, que cumple las profecías al pié de la letra, de aquí se deduce que es una gloria de Dios.

Vendrá la paz, y debemos pedirla con insistencia; pero estad seguros, que después de la paz seguirá una nueva persecución, que entre las cadenas de San Pedro en Jerusalén y las cadenas de Roma, no hay más que unos años. La paz pasajera y muy pasajera es útil para fortificar la fé de los que vacilan, para propagar el Reino de Dios, y Dios la envía á su Iglesia, á veces general, á veces parcial; y así como sin necesitar de nosotros, nos honra ocupándonos y exigiéndonos por deber la defensa de la Iglesia, así también no necesitándonos, nos exige que le pidamos con fervor y con entusiasmo la paz que otorga.

Concluyo pues, exhortándoos al combate por la Fé y á que oreis por la paz, muy especialmente porque cese la persecución contra su cabeza visible el Papa. Enviad al Vaticano hoy una protesta contra los sacrílegos atentados de Roma, un voto de amor al Pontífice y una oración al Cielo porque cese el cautiverio de la verdad oprimida por los hombres, seguros de que habrá un ángel que desatará las cadenas del sucesor de Pedro, el único Rey que no necesita ejércitos armados de cañones y fusiles para reinar sobre el mundo entero, y el único soberano también que convierte las persecuciones en triunfos y en victoria los sufrimientos, como la Iglesia de Dios, que se agrupa á su rededor toda entera y pélea bajo sus órdenes las batallas del único soberano de las naciones, Jesucristo nuestro Rey!

He dicho.

SECCION CIENTIFICA.

ESPIRITISMO.

Teoría cristiana acerca de las intervenciones diabólicas.

(Continuación.)

II De la organización de los demonios.

Entre los espíritus condenados no existe ninguna unión de amistad ó de virtuosa sujeción.

Nada hay común, excepción hecha de la obstinación y del consiguiente odio á todas las criaturas, en las cuales van comprendidas las que son compañeras

de condenación. Pero reina en el infierno una cierta subordinación de los inferiores y otro cierto dominio de los superiores, regulados según los mayores ó menores dones naturales que recibiera en su creación cada uno de los ángeles caídos: de modo que los mayores, vueltos los peores, aparecen los magnates, y el peor entre todos aquel que en el Evangelio es llamado *príncipe de los demonios*, y que nosotros conocemos con el nombre de Lucifer.

Esta especie de gerarquía la impone la divina Providencia, para que ningún ser bueno ó malo sufra fuera de cierto orden proporcionado; y además la sostiene la malicia demoniaca, por el común deseo de luchar con más eficacia contra los intereses humanos y divinos. Así opinan los doctores, fundándose en sólidos argumentos; particularmente en las expresiones bíblicas que indican el poder de algunos demonios, los cuales reciben los nombres de *principados*, *potestad*, *príncipe de este mundo*, *príncipe de los demonios*, etc.; y sobre todo en la palabra de Jesucristo, que afirma un *reino* de Satanás, y que este reino no está en sí mismo insubordinado.

Esta especial preeminencia de los unos sobre de los otros no redundá en bien ni en honor de los superiores, sino más bien en ignominia, y más acerba pena, porque acusa la mayor gravedad de su traición, y les hace sentir el más alto sitio que perdieron; y por lo tanto, los más elevados en natural y sobrenatural excelencia, cayeron más profundamente, y aunque con más autoridad sobre sus compañeros son, con todo, los más severamente castigados. Por esto ninguno propiamente goza ni con el poder, ni con dañar á los demás, ni tampoco atormentando á los condenados; porque eso que se acomoda á su propio intento maléfico, vuélvese, por último, en cumplimiento de la voluntad divina, que se glorifica con el castigo del culpable.

Todo esto tuvo presente el Poeta teólogo, cuando después de describir *Lo'mperador del doloroso regno*, discurre así:

“ Si tan hermoso fué como ahora es feo,
Y altivo contra Dios alzó la frente.
Origen ha de ser de todo llanto.”

(N. del T.)

Habíamos apenas levantado la pluma, ocupándonos en ese estudio de las gradaciones demoniacas, cuando entró á favorecernos con su visita un venerable misionero, á quien habían envejecido cuarenta años de habitar entre los paganos de la India. Después de entablar esa conversación, nos afirmó que la magia negra con todo su cortejo de adivinaciones, hechizos, filtros, y maleficios, la había hallado allí muy común, con visible intervención diabólica, así en los templos como en las casas particulares. Tuvo en sus manos el código de los brujos, el *grimoir* como dicen los franceses, el *libro del mandato* como decimos nosotros; y leyó el ritual teórico de cuanto veía que usaban prácticamente los paganos y algunas veces los cristianos extraviados.

También nos aseguró, expresamente, que los brujos son llamados con frecuencia á destruir el maleficio de otro, y no lográndolo siempre, confiesan alguna vez que el demonio (le llaman dios) invocado por el precedente hechizador, es más potente que el suyo, y que para deshacer el maleficio de aquel es preciso un brujo provisto de un demonio de más potencia.

Y este sentimiento de los paganos de la India, nos pareció una confirmación de las doctrinas de Santo Tomás y de los teólogos acerca de la subordinación de los demonios inferiores á los superiores. Nos recordó también el sentimiento de los pérfidos judíos, que calumniaban á Jesucristo de echar los demonios

más débiles, por virtud del príncipe de los demonios, y la respuesta de Jesucristo, quien, admitiendo esta posibilidad, se contentó con mostrar que este no era, con todo, su caso.

Leemos en *las Morales* de San Gregorio el Magno casos de demonios aprobados ó censurados por su jefe. Y el mismo San Ignacio, en sus ejercicios espirituales, representa al príncipe de los diablos en el acto de lanzar á sus inferiores para que tienten á los cristianos, y en el de sugerirles la manera de hacerlo con eficacia.

Porque es forzada la subordinación diabólica entre los espíritus malignos, no debe causar extrañeza que nazcan luchas y litigios, como observan de cuando en vez los exorcistas. De lo cual recordamos haber leído un caso en el célebre proceso de maleficio y obsesión discutido ante el Parlamento de Provenza, en 1611. En una relación, escrita por el supremo inquisidor Michælis, se lee: "Est á noter qu' avons expérimenté, que les diables qui sont en divers corps, ne peuvent souffrir d' être ensemble: ils grondent l' un contre l' autre, et semblent se vouloir entremangèr comme loup et porceaux... Ce qui procède de leur superbe envie." Lo mismo ocurre hoy día en las reuniones espiritistas, en las cuales no es raro el caso de los espíritus que hablan y que contienden entre sí, con atroces injurias y con vivas demostraciones de odio recíproco.

§ III. De la aptitud diabólica para dañar.

Admitida la voluntad de dañar á la humana creación, propia de los espíritus malvados, y admitida la tolerancia que de cuando en vez les concede Dios para que tienten y realicen sus propósitos, veamos los medios que emplean para dañar, y de que manera operan al hacer el mal.

Poderosísimo es por desgracia el poder del demonio, por lo mismo de que no disminuyeron en lo más mínimo, por la caída, los tesoros de ciencia natural, con los cuales fué creada la mente angélica, ni los demás naturales dones elevadísimos de que fué pródigamente dotado cada espíritu.

Observa San Agustín, que los demonios poseen la verdad de las ciencias, porque la ciencia propiamente dicha, tiene por objeto lo necesario é inmutable. Además de que con su propia agudeza, son muchísimas las cosas que puede el demonio investigar y aprender con la simple intuición ó de otro modo, y no solo de la naturaleza material, del hombre y de los negocios humanos, sí que también de los misterios divinos.

Añádase la agilidad de su movimiento instantáneo, por cuyo medio puede hallarse en diversos sitios casi contemporáneamente; agréguese la grandísima experiencia adquirida en el transcurso de los siglos, el recuerdo de los hechos, y el juicio de innumerables casos, y se comprenderá fácilmente que el menor de los ángeles malos venza con grandísima ventaja al más poderoso de los espíritus humanos. Le es por lo tanto sumamente fácil saber lo que ocurre en cualquier parte de la tierra, y anunciarlo en remotos lugares, descubrir una enfermedad oculta y su medicación, hallar un ladrón desconocido, y también prever el porvenir cuando este se prepara según sus propias y necesarias causas.

Pero también tiene sus límites la inteligencia diabólica. Así como no puede el ángel del cielo descubrir los íntimos pensamientos del alma humana si Dios ó el hombre no se los descubren, y no puede con certeza absoluta prever el porvenir dependiente del libre albedrío del hombre; así tampoco, y mucho menos, lo puede el ángel del infierno. Solo Dios

lee en el corazón humano, Dios solo, que lo tiene todo presente y es profeta por sí mismo.

Es verdad que el demonio puede imitar una y otra visión. Simula la profecía con la prudente conjetura. De ahí que los oráculos de los gentiles, y las adivinaciones de los hipnotistas y de los espiritistas, aciertan á menudo el porvenir; pero también algunas veces resultan enredados y engañosos. Los íntimos pensamientos puede suponerlos el demonio por ligerísimos signos y hasta por aquellos que muestra el hombre inadvertidamente; puede adivinarlos por las ilusiones que circundan la imaginación humana, alucinaciones simples, es verdad, pero no puramente espirituales, por existir algunas que son comunes con los brutos. De esta manera se burla el demonio de los imprudentes y les hace creer que descubre el porvenir y que penetra los íntimos pensamientos del hombre.

No por esto se crea que el demonio y los diablos tengan noticia de cuanto podrían saber atendida la gran perspicacia de su inteligencia angélica. En primer lugar y ante todo, porque su naturaleza no les faculta para asistir con la presencia sino á un solo sitio en un dado momento; y en segundo, que no es de creer que la amorosa Providencia divina permita al enemigo de la naturaleza humana el examen de cuentas de cada una de las acciones del hombre, particularmente las de los justos y mucho menos las espirituales y sobrenaturales. Acerca de estas puede el demonio engañarse, según expresamente enseña Santo Tomás.

A la incomparable fuerza intelectual de los demonios, corresponde la facultad operativa.

No usurarán ciertamente el divino poder, variando las leyes establecidas por el Creador, haciendo por virtud propia y sin medios naturales que enferme un cuerpo sano, ó que un enfermo cure, ó que queme el hielo, ó que el fuego hiele, ó que un ojo no vea un cuerpo presente, ó que un cuerpo grave se marche á las alturas, etc.: pues esto no se ha concedido ni á los mismos ángeles buenos; y si alguna vez lo obraran, sería milagro operado por virtud recibida de Dios. Con todo esto, es muy grande el poder diabólico, ya que pueden, como el hombre, cambiar de sitio los objetos materiales, pero con fuerza y celeridad inmensamente superiores.

Y no obstante, valiéndose de las causas proporcionadas para producir los efectos, pueden de un modo oculto al hombre, y con incomparable presteza, poner la causa de la enfermedad en el cuerpo sano, dar remedio á la dolencia, colocar el fuego en donde existe el hielo, ó este en el lugar de aquel, interponer un obstáculo entre el órgano de la visión y un objeto, sostener mecánicamente en el aire un cuerpo grave, y así por el estilo.

Puede el demonio alterar los sentidos, de tal modo, que el hombre crea percibir lo que no existe; puede alterar la fantasía, componer cuerpos de elementos doquiera los halle, y con ellos tomar semejanzas humanas ó bestiales, y cubierto con tan desnudas mentiras, aparecer, hablar y obrar, alucinando de este modo la imaginación y engañando á los incautos. Esta es la doctrina corriente entre los teólogos, y particularmente la de Santo Tomás.

Semejantes acciones diabólicas producen tan grande admiración, que los ignorantes las toman fácilmente por milagros.

Y en verdad, *milagros* pueden llamarse en sentido amplio; por más que su verdadero nombre sea *prestigio*. No siempre la Iglesia juzga milagrosos los cambios preternaturales de la materia, las curaciones, las visiones, los inexplicables fenómenos de estigmatización, de elevación corporal por los aires, etc.;

porque sabe que tales mutaciones pueden proceder de Dios, que puede suspender las leyes de la naturaleza, ó bien de la habilidad de los demonios que remedan el milagro. Solo reconoce el milagro cuando la obra manifiesta en sí misma y en sus circunstancias los caracteres divinos, y se puede demostrar que ni las fuerzas de la naturaleza, ni la intervención diabólica la haya producido.

Alguna vez se da el caso de que los indicios no sean suficientes para determinar la sentencia. Entonces la Iglesia suspende el juicio.

Y muy prudente sería que lo suspendieran los simples fieles, y que no fuesen ligeros en juzgar milagrosos ó diabólicos los hechos que les parecen extraordinarios.

Por lo que respecta á la voluntad humana, solo Dios puede moverla inmediatamente. Los dominios no la pueden violentar para que quiera ó rechace alguna cosa, cualquiera que sea: pero sí tienen facultad para inclinarla por la persuasión, y avivando las pasiones sensitivas halagarla y con la imaginación, conmover la fantasía hasta hacer imposible el trabajo intelectual y consiguiénte el del libre albedrío. Las cuales cosas dan al demonio una superioridad natural tan grande sobre la criatura humana, y tan preponderante, que, ¡ay de los hombres! si Dios no fijara un término á ese inmenso odio.

J. J. FRANCO.

(Continuará.)

SECCION DE LO EXTERIOR.

NOTICIAS RELIGIOSAS

—Queriendo el Sr. Ministro de Ultramar de España dar una prueba de sus benévolos sentimientos hacia las Comunidades religiosas, que tantos servicios prestan á nuestra Religión y á la patria española en el extremo Oriente, se apresuró á aceptar la invitación que le tenían hecha los religiosos Agustinos del Escorial. El penúltimo domingo, por la mañana, acompañado del Procurador general de la Orden Agustiniense se trasladó al Escorial, permaneciendo todo el día en el regio monasterio de Felipe II. En la estación del Real Sitio esperaban al señor Ministro y al Procurador general de la Orden de los Padres de la Comunidad, y se trasladaron todos al Monasterio. Llegados al grandioso monumento, se dijo una Misa rezada en el templo, que oyeron el Sr. Ministro y la Comunidad. Luego se sirvió el almuerzo, concluido el cual, y mientras se tomaba café, conversaron largamente el Ministro y los Frailes sobre asuntos de Filipinas, manifestando el Sr. Fabié con toda franqueza, que los Frailes son robustecimiento de nuestro poder en Filipinas, y que ningún Gobierno verdaderamente patriótico puede dejar de contar con ellos para resolver los problemas ultramarinos. Después de tratados ampliamente muchos asuntos importantes de política colonial, pasó á más agradables puntos. Un brillante concierto y una visita muy detenida al relicario y á la biblioteca del Monasterio pusieron término al día, regresando los ilustres expedicionarios á Madrid en el último tren de la tarde.

—En la tarde del penúltimo domingo tuvo lugar en Segovia la inauguración del Círculo Católico de Obreros, establecido en el edificio que fué anteriormente palacio de la Diputación provincial. Solemne y por extremo concurrido fué aquel acto. El espacioso salón, adornado con severo gusto y artística elegancia, era pequeño para contener la apiñada multitud de socios y personas invitadas, viéndose allí cuanto de más notable encierra Segovia en las dife-

rentes esferas de la actividad humana. La presidencia estaba ocupada por el señor Gobernador eclesiástico, á cuyo lado tomaban asiento los señores consiliarios de la Sociedad, el ayudante del Excmo. Sr. Gobernador militar, en representación del general Sanchíz; el director de *El Faro de Bastilla* y los individuos de la Junta Directiva. Después de haber hecho uso de la palabra algunos socios y de un elocuente discurso del Sr. Miranda, canónigo magistral de la Santa Iglesia Catedral y consiliario del Círculo, el presidente de la sociedad, D. Andrés Cristóbal Peña, dió lectura á un sentido discurso dando las gracias á los socios protectores por sus sacrificios en pro del Círculo, y exhortando á que contribuyeran siempre con su ayuda á darle auxilio y esplendor. Terminó el acto el Sr. Presidente, declarando abierto el Círculo Católico de Obreros de Segovia, deseándole prosperidad y pidiendo para él las bendiciones del cielo.

—En varias regiones de Rusia, y gracias á las gestiones del abogado judío Rabinovitch, se registran muchas conversiones al Cristianismo: 500 judíos del Gobierno de Kerson, abjurando de las doctrinas talmúdicas; reconocen ya la autenticidad del nuevo Testamento. El periódico *Le Revéil* de Israel pide que se erija un templo á Jesús, verdadero Mesías y *Descaído* de las naciones.

CATALOGO.—Con el objeto de que nuestros lectores sepan los libros que se encuentran en la *Librería Moral y Religiosa*, así como los precios de ellos, continuamos la publicación de su Catálogo.

CATÁLOGO de los libros existentes en la LIBRERÍA MORAL Y RELIGIOSA de Federico Prado y C.^a, y cuyos precios llaman la atención por su excesiva baratura.

| | Ps. rs. |
|--|---------|
| Mantilla, libro de lectura n.º 2.º, día..... | 2 6 |
| " " " " " 3.º " | 4 |
| Roma y sus enemigos..... | 2 4 |
| Tesoro de oratoria sagrada 11 tomos..... | 24 |
| Breviarium romanum 4 tomos..... | 17 |
| Masones y Jesuitas..... | 1 |
| Satanás y los masones..... | 1 |
| Ali-Baba y los cuarenta ministros..... | 1 |
| Roma será devuelta al papado..... | 1 |
| Gambetta asesinado por los Masones..... | 1 |
| La Mopse..... | 1 |
| Hay mujeres en la masonería?..... | 1 |
| La estrella de las cinco puntas..... | 1 |
| Lecciones de Aritmética por J. M. ^a Cáceres.. | 6 |
| Cuestionario de Contabilidad Id. Id. .. | 4 |
| Manual de la cocinera española..... | 4 |
| Lecciones teórico-prácticas de gramática española por M. F. Vélez..... | 5 |
| Lecciones de doctrina cristiana, por M. F. Vélez. | 2½ |
| Lecciones de lógica. id. | 4 |
| Lecciones de ideología id. | 4 |
| El Daawinismo y la Creación id. | 4 |
| Tesoro de vivos y limosnero del Purgatorio.. | 1½ |
| Trecena de San Francisco de Paula..... | 1½ |
| Código Civil portugués..... | 4 |
| Redacción popular, cartas etc..... | 2 |
| Manual de la liga antimasonica..... | 1 |
| Manual para administrar á los enfermos el sacramento de la Extrema-Unción..... | 2 |
| Las Maravillas del mundo en la Exposición Universal de París en 1879..... | 4 |
| Yo sabré leer..... | 1 4 |
| Ya sé leer..... | 1 4 |
| Libros en blanco para partidas de bautismo etc.. | 3 4 |

(Continuará.)

San Salvador.—Imp. de El Cometa.